

Una aproximación a Ortega en su centenario

M. FARTOS MARTINEZ

ALGUNOS DATOS Y ANECDOTAS

Nació Ortega en 1883, el mismo año en que murió Marx. Tenía Ortega cuatro años menos que Einstein y seis más que Heidegger. Vivió setenta y dos años, como Unamuno, que le llevaba diecinueve.

Se doctoró en Madrid con una tesis sobre «Los terrores del año mil: Crítica de una leyenda» y tras perfeccionar estudios de filosofía en Alemania, donde fue discípulo de los neokantianos Cohen y Natorp, regentó desde los veintiséis años la cátedra de Metafísica de la Universidad de Madrid.

A raíz de la guerra civil conoció el exilio en distintos lugares: París, Lisboa, Buenos Aires. En el ensayo *Ideas para una historia de la Filosofía*, publicado como prólogo a la *Historia de la Filosofía*, de Emile Bréhier, Buenos Aires, 1942, hay una nota a pie de página, que me produjo una sensación muy dolorosa cuando me topé con ella por primera vez: «...Ha de representarse el lector que escribo sin biblioteca que poder consultar. Manejo el texto de Aristóteles y el tomo del viejo Zeller, que no roza siquiera el asunto. Nada más. Conviene que el lector futuro tenga en cuenta las condiciones materiales y morales en que escribimos durante estos años los que aún seguimos en serio escribiendo».

Ortega era jovial por naturaleza y proponía la jovialidad como temple adecuado a la filosofía, viendo en la jovialidad «el tono vital propio de Jove, de Júpiter o Dios Padre», resultando así la filosofía «una imitación de Jove». Lo que no obsta para que de cuando en vez aparezca en él un rictus de tristeza que puede verse en un texto del final de su primer libro, *Meditaciones del Quijote*, que ha subrayado

Ph. W. Silver¹ y en el que Julián Marías ha visto acertadamente una anticipación de la distinción sartreana entre *pour-soi* y *en-soi*: «Envolviendo a la cultura —como la venta al retablo de la fantasía— yace la bárbara, brutal, muda, insignificante realidad de las cosas... Recuerdos y promesas es la cultura, pasado irreversible, futuro soñado.

Mas la realidad es simple y pavoroso “estar ahí”. Presencia, yacimiento, inercia. Materialidad».

Yo creo que algo similar puede rastrearse en las últimas palabras de su ensayo *Del optimismo de Leibniz*. Y en aquellas líneas de Heidegger en que le recuerda precisamente hablando sobre la muerte: «Lo que nos dijo le era familiar desde hace largo tiempo, pero el cómo lo dijo nos desveló cuánto más avanzado estaba que sus oyentes en un campo que ahora ha tenido que traspasar. Cuando pienso en Ortega, vuelve a mis ojos su figura tal como la vi aquella tarde, hablando, callando, en sus ademanes, en su hidalguía, su soledad, su ingenuidad, su tristeza, su múltiple saber y su cautivante ironía». (Citado por J. L. Abellán en *ABC*, 8-XI-1980).

Pero esto les pasaba también a los joviales griegos, empezando por Aristóteles, que para mí es el más *homérico* de todos los filósofos. Basta leer su testamento.

Mas lo llamativo de Ortega es que ha escrito una obra muy extensa y muy seria haciendo derroche de gracia por todas partes, sin que falten chistes, como el del gitano en *La rebelión de las masas*, o el de la leyenda SPORT en *El espectador*, y las anécdotas chispeantes, como aquella de cuando, en Coria, don Pío Baroja tropieza con la gramática.

Fue un hombre abierto y animoso. Cuando le homenajearon los de «La tertulia de Pombo», en una noche de 1922, en el brindis Ortega les llamó robinsones poéticos y adanes literarios. Gran amigo de Baroja y Azorín, del primero dijo: «Cuando se presenta en el horizonte espiritual una alimaña literaria del tipo de Baroja es que la raza va a ascender». Y del segundo decía que nos facilitaba la sensación de ciertos fenómenos cósmicos y elementales, la sensación de cierta especie de inercia cósmica. «Casi no podemos pedir más a un poeta. Maximus in minimis: he aquí el arte de Azorín».

Quizá estemos ante el primer gran filósofo aficionado a la fiesta de los toros. Amigo, además, de grandes toreros. Ha contado Rodríguez Huéscar la estupenda anécdota de que Domingo Ortega ha dicho que desde que empezó a hablar con Ortega y Gasset notó que toreaba

¹ *Fenomenología y Razón Vital. Génesis de «Meditaciones del Quijote» de Ortega y Gasset*, Alianza Universal, Madrid, 1978.

Otra obra reciente e importante, también de autor americano, es la de Nelson R. ORRINGER: *Ortega y sus fuentes germánicas*, Gredos, Madrid, 1979. El autor entiende las «fuentes» en el sentido muy estricto de catalogar como tales sólo aquellas obras que se conservan en la biblioteca de Ortega y que fueron subrayadas o anotadas por él.

mejor. No me extrañaría que desde entonces también Ortega escribiera mejor, rematando algunos párrafos con esas medias verónicas inconfundibles o comenzando otros con ayudados por alto.

Vicente Zabala ha recogido en el dominical de ABC el genial desconcierto de Rafael «El Gallo», cuando le presentaron a Don José Ortega. Cuando éste se marchó, preguntó Rafael a un contertulio: «¿Y éste quién es?» Le respondió el amigo: «Don José es un filósofo». A lo que replicó Rafael «¿Y eso qué es?». El hombre, como buenamente pudo, le dio una explicación elementalísima de lo que era la filosofía. Rafael, moviendo la cabeza como compadeciendo al ilustre filósofo, exclamó: «Desde luego hay gente pa tó».

En el ABC del 18 de octubre del 80 ha recordado Luis Calvo: Fue en una tienda de Navalcaide, la finca y dehesa de toros bravos de Domingo, donde me dijo antes de dibujar garbosamente una larga lagartijera y de «emplearse» con la muleta (a sus sesenta y cuatro años): «Yo puedo afirmar que nací en una platina».

Me parece sencillamente emocionante que el máximo europeizador que haya tenido España se mantuviera aferrado a la fiesta nacional. Y europeizador lo fue hasta tal punto que la Revista de Occidente fue una empresa editorial creada para europeizar a España y «vertebrarla». Dionisio Ridruejo llegó a decir que «en Ortega está la razón de que haya habido siglo XX sin haber siglo XIX».

Fue Don José Ortega fumador empedernido. A su hija Doña Soledad creo haberle oído en la radio que fumaba unos sesenta y cinco cigarrillos diarios. Otros grandes fumadores han sido Freud, Marx y ¡quién había de pensarlo!, Kant, que por lo visto tenía las paredes de su habitación escritorio ennegrecidas por el humo del tabaco.

Murió Ortega de un cáncer de estómago con metástasis galopante por todo el cuerpo.

En el artículo de ABC citado refiere Luis Calvo, que por entonces era director del periódico, su lucha con la censura en aquel otoño de 1955. Le habían dicho: «No hay que excederse en la noticia, una foto pequeña y algunos datos biográficos, sin lanzarse a opinar».

El gran periodista se resistió a la recomendación y en abierto desafío sacó el día 19 de octubre de 1955 un número homenaje dedicado a Ortega. Es más, continuaron saliendo fotos, artículos y entrevistas hasta el día 30. Como me parece aleccionador, transcribo aquí la última parte de la «peripezia» contada por Luis Calvo: Y ello fue que pasado un mes, el director general de Prensa me dijo como si tal cosa: «En Asuntos Exteriores se reciben noticias sobre el número de ABC dedicado a Ortega. Ha sentado muy bien en los países americanos de habla española. Era natural y te felicito. Hasta el Caudillo y su esposa dieron el pésame a la familia de Ortega y hubo ministros que acompañaron el féretro a la Almudena, pero no me negarás que fue

enemigo del Régimen. Nunca quiso ver al Caudillo». «Ni yo tampoco», contesté. «Pues haces mal»...

De los retratos de Ortega viejo siempre me han impresionado su mirada y esas arrugas profundas de la frente, como si se le transparentara el cráneo o se le hubieran abultado las circunvoluciones cerebrales.

Sobre la mirada de Ortega escribió Gerardo Diego en la Revista de Occidente (nº 34, 1966) los siguientes versos:

Por momentos había que entoldar los párpados
para así protegerse contra sus radiaciones...

.....
La mirada sagaz, conversadora,
centelleante a estímulos diversos
—personas, obras, cosas—
centrando en sí, imantando voluntades,
viajando en el diván de clima en clima,
fija en el aula, ardiente y metafísica,
curiosa a la sorpresa resbalada
de paisajes viajeros
cómplice en el tribunal con el azorado alumno
que interpreta bien claro el
«no se asuste, no es eso, mas no importa».

Y la rima perfecta
cuando lo que los ojos proclaman
los labios escoliastas lo confirman.

LAS METAFORAS ORTEGUIANAS

En una nota de *La idea de principio en Leibniz* se queja Ortega de que los pseudointelectuales españoles («plaga de langosta cultural» les llama en una ocasión) llevaran más de treinta años descalificando su pensamiento, porque «no escribía más que metáforas», sin tener la elegancia de reconocer algo irrefutable, a saber, que en sus escritos «no se trata de algo que se da como filosofía y resulta ser literatura, sino por el contrario, de algo que se da como literatura y resulta que es filosofía».

Ya antes, en el tomo IV de *El espectador*, al comienzo del artículo «Las dos grandes metáforas», había escrito Ortega: «Cuando un escritor censura el uso de metáforas en filosofía revela simplemente su desconocimiento de lo que es filosofía y de lo que es metáfora. A ningún filósofo se le ocurrirá emitir tal censura. La metáfora es un instrumento mental imprescindible, es una forma del pensamiento científico... La poesía es metáfora; la ciencia usa de ella nada más. También podía decirse: nada menos».

Lo que pasa es, sencillamente, que esos pseudointelectuales o no confiesan la envidia (porque de admirarse son incapaces) o empiezan por desconocer la alabanza que de la metáfora dejó Aristóteles al final de su *Poética*. Y desconocen las metáforas mismas del Estagirita, mucho más abundantes y felices de lo que la gente se cree; y no digamos las de Heráclito, Platón, Nietzsche, Bergson, etc. Y las de Hegel (el búho de Minerva...), «los dos libros» de Galileo, el «genio maligno» de Descartes y la incomparable kantiana sobre la «ligera paloma...»

Yo pienso que hay dos formas paradigmáticas del talento: el entendimiento *en punta* y el entendimiento fontanal. Ejemplo de lo primero, Gödel. En todos sus artículos, algunos de una sola página, e incluso de media, ha empujado la flecha de la investigación más allá de donde estaba. Ejemplo de lo segundo, Ortega. Propóngasele el tema que se quiera, que por muy dispar y agotado que parezca, siempre hallaremos en él jugosas ocurrencias y enfoques sorprendentes. La inteligencia más en acto puro que he conocido, me decía alguien que le trató. Igual da que se le pida una etimología (por ej. la de «experiencia») o que se le pidan opiniones sobre la geometría de Euclides, pasando por los toros, la pintura o el Imperio Romano. Ni un solo bache en el vuelo de su estilo. Si acaso el lector puede extrañarse de algunas palabras infrecuentes en otros autores: escorzo, periclitar, dintorno, convoluto, columbrar, peraltar, inveterado, etc. Mas, huelga decirlo, todas están en su sitio. El castellano de Ortega y sus imágenes y metáforas son la delicia del catador más exigente. Y, además, van juntas la superabundancia y esa pasmosa impresión de facilidad.

Por ejemplo, esta puesta de sol en la Mancha: «Sobre la línea del horizonte en estas puestas de sol inyectadas de sangre —como si una vena del firmamento hubiera sido punzada— levántanse los molinos harineros de Criptana y hacen al ocaso aspavientos».

O variando de tema: Aristóteles «se iba, como un toro al trapo, derecho a los problemas». Descartes «era de vieja hidalguía, buen esgrimidor y de una sola estocada clavó la Edad Media en la pared».

Si en una conferencia duda de que le oigan los de las localidades más remotas, ruega, sobre la marcha, que se lo digan porque «con los escasos medios de mi voz, yo intentaré tomar cada palabra con la honda y lanzarla a las alturas». Si hablando en público, advierte que éste se muestra remiso, frío, insensible, entonces —dice— «acudo al gran *Deux ex machina* de la mitología y, abriendo el chiquero lanzo al galope mis potros centauros».

Otras veces basta, para que el lector experimente cosquillas en las neuronas, el uso inesperado de una palabra, como cuando refiriéndose a la trascendentalidad del concepto Ente, habla de su «extra-vagancia», o el trincherazo de una consideración como ésta: no puede esperarse

que una sociedad sea justa, si antes esa sociedad no es sana. O esta otra metáfora de contenido cartesiano: La duda al querer «morderse» a sí misma, se rompe su propio «diente».

Si estamos cazando, el venado perseguido «se enhebra raudo por el hueco entre dos troncos. Hocico al venteo, corvo hacia atrás el cuello, deja gravitar a su paso la recia estameta que equilibra su acrobacia».

Es fama que el padre de Ortega (muerto en 1922) cuando ya su hijo empezó a destacar muy pronto, le decía: «Tú escribes como cuando yo escribo bien».

Se ha insistido en el carácter dinámico y biológico de la mayoría de sus metáforas. Y así es, en efecto; pues es la *razón vital* quien las necesita y enarbola para hacerse patente. Sobre las estrellas al anochecer en El Escorial, dice Ortega que «son puntos nerviosos que dan su rápido latido de dolor cuando les llega el rítmico golpe de sangre conducida por las inmensas arterias de la vida universal». Verdaderamente debió sentir, como Goethe, el anhelo faústico de recorrer las venas del Universo, asistiendo y presenciando el desarrollo de toda clase de fuerzas activas².

LA RAZON VITAL Y LA ESTOCADA DE ORTEGA

Por lo pronto no es difícil acercarse a la razón vital por la vía de descartar aquellas formas de pensamiento que no lo son. Puesto que el especialista puede ser hombre masa y lo es con mucha frecuencia, y el existencialista «señorito satisfecho», se obtiene una vía negativa para saber lo que es la razón vital, a saber, la que esos no utilizan y por ello, se *masifican* aunque empleen muy bien la razón abstracta unos y el análisis sentimental los otros. La razón vital, en cambio, me permite saber de momento dónde estoy, cuáles son mis circunstancias y *hacerme cargo* de ellas. Me permite saberme instalado en un mundo incanjeable, mi mundo, y desde la perspectiva que me es propia comprender esa realidad radical que es mi vida y todas las demás realidades que, aunque no estén por ella fundamentadas, sí están desde luego en ella *radicadas*. Esa realidad radical que es devenir y cuya entraña es futurición debe ser comprendida históricamente, como aparecida en un

² En los escritos de Ortega menudean metáforas y aciertos de todo tipo, que muy bien pueden hacerle recordar al lector las greguerías de Ramón o los aforismos de Nietzsche. Pero aquí no se trata de «aventuras» yuxtapuestas, sino de felices destellos engarzados en la trama discursiva. Como si la imaginación y la inteligencia, lejos de hallarse desdobladas y supeditadas la una a la otra, constituyeran una sola facultad originaria. Y como si la manera de argumentar de esa facultad originaria fuera la precedente a la escisión del argumento en el doble sentido de argumento «lógico» y de «argumento» de una narración. La vida misma, como tal, tiene argumento; y Platón en los lugares más elevados de sus diálogos inventó y contó mitos, empleándolos justamente en sentido mito-lógico.

momento de ese gran devenir, de esa inmensa *etimología* que es la historia. Todos mis actos y todos los usos del momento en que me ha tocado vivir tienen etimología. El hombre es «un animal etimológico». Olvidarlo y ponerse a pensar o a proceder ahistóricamente es *alterarse*, pues no cabe prescindir de esa «inexorable trayectoria de experiencias» personales y colectivas que llevamos a nuestras espaldas. De donde que para comprender algo humano, personal o colectivo, se haga necesario «contar una historia».

Con ocasión de celebrar el cincuentenario de *La rebelión de las masas* en Televisión, para caracterizar al especialismo, recurrió Julián Marías a esta atinada ocurrencia de Unamuno: se dedican a contarle las cerdas del rabo de la esfinge, porque no se atreven a mirarle a los ojos. En un simposio sobre filosofía de sistemas (recientemente vertido al español en *Cuadernos Teorema*), E. Laszlo, lamentablemente sin mencionar a Unamuno ni a Ortega, quejándose de la *confusión* propia del especialismo y del nihilismo que le es inherente bajo el disfraz del reduccionismo, expone pensamientos tan preocupantes como los siguientes:

«El nihilismo contemporáneo ya no blande la palabra *nada*; hoy el nihilismo se camufla como el *nada más que*» (tomado de V. E. Frankl).

«Hay buenos indicios para creer que entre las más básicas fuerzas motivacionales del hombre existe algo como una «voluntad de sentido» y que un veinte por ciento de las neurosis contemporáneas se deben a su frustración».

La diatriba contra los existencialistas la dejó Ortega en la segunda parte de *La idea de principio en Leibniz*:

«Todo lo que no sea un abismo, un misterio irreductible, una negra sima, un incognoscible y un asco no le “paga su dinero”. Parte decidido a “no entender” porque “entender” le parece al típico “señorito safisfecho” que es el existencialista, cosa de cualquiera y él —gran snob ante el Altísimo— no se trata con cualquiera, es decir, con los que entienden y, como Goethe

desde lo oscuro aspiran a lo claro.

El necesita, como el morfínmano su droga, oscuridad, Muerte y Nada» (p. 153). De Heidegger dice que es *sensu stricto* un «aficionado a la angustia», y con Kierkegaard llega a ser injusto.

No se olvida Ortega de «los jóvenes de Montmartre que hoy tocan de oídas la guitarra del «existencialismo». Esta despectiva apreciación está al final de la extensa nota a pie de página sobre Husserl (pp. 112-114) en la que Ortega cuenta la historia de los reparos principales que él

puso a la descripción del fenómeno «conciencia de...», base de la doctrina husserliana. El infundado paso de la actitud natural de la conciencia a la actitud reducida, pretendiendo suspender el «carácter ejecutivo» o *ponencialidad* de la conciencia natural, fue lo que llevó a nuestro filósofo, según su propia confesión, a abandonar la Fenomenología en el momento mismo de recibirla. Debe entenderse que abandonó la forma husserliana de practicar la fenomenología que se llevaba en aquellos primeros años de la segunda década del siglo. Se había percatado Ortega de que, para que fuera posible «un pensar fenomenológico sistemático», había que partir de un fenómeno que fuera «*el por sí sistema*». El método fenomenológico como tal tenía de bueno el apuntar a un *pensar sintético e intuitivo* frente a la mera conceptualización abstracta del pensar lógico tradicional. El fenómeno sistemático buscado era «la vida real humana» como coexistencia del yo con las cosas en torno o circunstancia³.

En una nota del libro de Silver citado (libro que comprende un espléndido y pormenorizado análisis del proceso que le llevó a Ortega a la intuición radical de su filosofía) puede leerse: «Mi vida» en el sentido orteguiano es simplemente lo que «ponemos entre paréntesis» cuando leemos una novela, ni nada más ni nada menos (p. 100).

Según este autor el «principio sistemático» (ese fenómeno que sea *él por sí sistema*) le había venido dado a Ortega, por así decir, «como consecuencia de sus diversos intereses en Ontología (Aristóteles, Brentano), epistemología (Cohen, Natorp, Mach, Ziehen, Husserl), ética (Kant, Brentano, Scheler), fenomenología de la percepción (Külpe, Katz, Jaensch, Scheler) y antropología filosófica (Kant, Scheler, Von Uexküll)» (p. 98).

La fórmula de *Meditaciones del Quijote* (1914), verdadera estocada orteguiana, es de todos conocida: «Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella, no me salvo yo». Julián Marías advirtió muy pronto que la famosa fórmula estaba anticipada en forma metafórica en el título «Adán en el Paraíso», de 1910. «Adán en el Paraíso viene a significar: yo y mi circunstancia, yo en mi mundo. La fórmula de 1910 equivale a la de 1914; solamente en ésta la metáfora se precisa en concepto» (Cfr. *Filosofía española actual*, Madrid, 1.ª ed. 1948, p. 79).

³ En *Apuntes sobre el pensamiento*, Buenos Aires, 1941 (Cfr. *Obras*, Vol. 5, pp. 545-546) dejó Ortega los siguientes pensamientos sobre la refutación del idealismo de Husserl: «Conciencia de» como algo absoluto implicaría que el sujeto, el yo, estaría dentro de sí mismo, de sus actos y estados mentales. Pero eso, *existir estando dentro de sí mismo*, es lo contrario de lo que llamamos *vivir*, que es estar fuera de sí entregado ontológicamente a lo *otro*, llámesele mundo o circunstancia. *Conciencia de* es sólo una idea, todo lo plausible que se quiera, pero sólo una idea que viviendo o por motivos previos descubrimos o inventamos. La razón vital no parte de ninguna idea y por eso no es idealismo. «La actitud fenomenológica es estrictamente lo contrario de la actitud que llamo "razón vital"». Como la fenomenología no se ha fundamentado y justificado a sí misma, flota en el vacío.

A la manera como un cartesiano o kantiano afirma que «el yo pienso» tiene que acompañar a todos los contenidos de conciencia, para un orteguiano nada que no aparezca en el horizonte de «mi vida» (esa «actividad que se consume a sí misma») puede interesarle. Son mi vida y mi inteligencia las que miden la realidad de suyo *desmesurada*. El *bosque* no es sino el conjunto de mis actos posibles, el horizonte de mis posibilidades. Las cosas se presentan primariamente como *dificultades* y *facilidades*; o si se quiere, antes de entenderlas como *cosas*, ya se me han presentado como *precosas*, como *pragmata*. El recuerdo de cada cual, nos dice Ortega en *El Hombre y la Gente*, está organizado en «campos pragmáticos».

Aunque Ortega, en el análisis de Silver, resulte ser «el primer filósofo europeo que rompió públicamente con la fenomenología trascendental, o, al menos, que se negó a mantenerse en ella», la idea de «mundo-vital» (*Lebenswelt*), y la consideración de las *precosas* como «facilidades» y «obstáculos» es primariamente de Scheler (olvidándonos ahora de los griegos, que ya consideraban que las cosas en su primaria relación con el hombre consistían en puras *practicidades*).

Es bien sabido que también Heidegger rompe con su maestro Husserl por considerar que la reducción fenomenológica es una opción entre otras posibles, como por ejemplo la de analizar fenomenológicamente mi ser-en-el-mundo. A Heidegger cabe hacerle un reproche en cierto modo parecido, en el sentido de que primar el sentimiento de la angustia es una opción entre otras posibles, por ejemplo, la de contemplar más deportivamente las cosas. Aunque no por la vía fenomenológica, el correlato en cuanto al contenido de los análisis heideggerianos habría que buscarlo en Unamuno y no en Ortega. En otro orden de cosas podría verse, en la *novela personal* unamuniana, como ha hecho Julián Marías, «un eficaz método de conocimiento, base para una posible indagación filosófica acerca del ser de la vida y la persona humana»; y en este sentido, una forma española de pensamiento literario concurrente (ya que no preformadora, debido a sus ingredientes irracionalistas) a los fines de la razón vital. Pero tanto al teutón como al vasco, bien podía achacarles Ortega que les ocurría ver el mundo exclusivamente como *resistencia*, cuando la verdad es que el mundo también se presenta como *asistencia*. Bien podría decirse del mundo lo que se ha dicho de los dioses, a saber, que son favorables y son coléricos, son adversos y proversos, son atractivos y son terroríficos. El mundo mismo puede presentársenos, como decía R. Otto de lo Santo, como *mysterium fascinans* y como *mysterium tremendum*. Basta para ello que quien lo contemple sea un enamorado, cuyo amor sea correspondido, o sea un suicida; alguien a quien le duelen las muelas o un afortunado en la lotería.

La primera sensación que recibe el que se acerca a los ensayos orteguianos es la de que se trata de un arte inimitable. Se percibe en seguida que allí hay una forma nueva de mirar las cosas, una especie de visión con inteligencia de adulto y con «despreocupación» (ausencia de pre-juicios) de niño. Algo a lo que sin duda aludía ya Nietzsche, pero que ahora se ejecuta con la capacidad descriptiva fenomenológica. Ortega nos enseña a ver de otra manera. Uno se acuerda de aquel párrafo del libro VII de *La República* platónica: «No se trata de darle (al alma) la facultad de ver, porque ya la tiene; sino que lo que sucede es que su órgano está mal dirigido y no mira adonde debería mirar, y esto es precisamente lo que debe corregirse». Es una lástima que no puedan hacerse experimentos como el siguiente: proponerles, por ejemplo, a Nietzsche, Russell y Ortega ejercicios de redacción sobre los mismos temas, para poder contrastar objetivamente sus diferentes enfoques y estilos. Para bien ser debería proponérseles además un listado de temas en el que figuraran algunas cuestiones graves y otras en apariencia más «insulsas».

Julián Marías, en el libro citado, después de confesar el esfuerzo que le costó alcanzar una comprensión aceptable de la expresión «razón vital», y después de sorprenderla funcionando paradigmáticamente en el famoso prólogo de Ortega al libro del Conde de Yebes: *Veinte años de caza mayor*, aventura como recapitulación que la investigación de lo que es la caza (podía haberse tratado de cualquiera otra realidad humana concreta) ha seguido el método siguiente:

- 1º Tomar contacto con el tema, prescindiendo de las posibles deformaciones de interpretaciones previas.
- 2º Referir esa realidad que estemos cuestionando a la totalidad de la vida en que se da.
- 3º Desligarla de los elementos con los que esté entretrejida, para sorprender su *mismidad*.
- 4º Investigar su mismidad, buscando los *requisitos* —en sentido leibniziano— que la condicionan y constituyen.
- 5º Para ello hay que estudiar esa realidad en su *concreción*, por tanto *circunstancialmente*, y esto implica que aparezca un *casi-relato*, que la razón sea narración.
- 6º Desde esa vida en que radica la realidad cuestionada, es menester ir *dando razón* de las dimensiones de ella que antes habíamos encontrado; hay, pues, un camino de ida y vuelta. (Cfr. *op. c.* 120-121).

Aunque me quedan dudas de que ese método sea capaz de proporcionarnos la última palabra en todas las cuestiones filosóficas,

pues soy de los que piensan que bastantes de ellas exigen también largas cadenas deductivas para entregar su secreto, no obstante creo que es un magnífico método de *acercamiento* a la mayoría de ellas y el único adecuado para muchas. Y me parece especialmente indicado para la historia de la filosofía, pues permite ver cómo ésta nace del autor en su circunstancia. Y más concretamente, de su circunstancia generacional, pues según Ortega, la coexistencia en todo presente de tres generaciones distintas es lo que confiere ese dinámico dramatismo que constituye el fondo de la materia histórica, posibilitando la articulación de generaciones que se produzca el cambio histórico.

PERO, ¿QUE SE CREE QUE ES FILOSOFIA?

Es ese carácter de yo circunstanciado lo que hace que el hombre filosofe. Lo divino no tiene «circunstancia» y las bestias no tienen «yo».

Ocurre en esto algo similar a la consideración aristotélica de las virtudes morales, que, concebidas como uso racional de las pasiones, no pueden tenerlas ni lo divino por no tener pasiones, ni los animales por no estar dotados de razón.

El animal no es capaz de «conocer» porque lo ignora todo, incluida su ignorancia, así que nada le mueve a esforzarse por salir de ella. Por otra parte Dios lo sabe ya todo de antemano y no necesita esforzarse. Sólo un ser como el hombre, que se halla entre la bestia y lo divino, se ve forzado a pensar. Las piedras (y los animales en otro sentido) y Dios coinciden consigo mismos⁴.

En *Goethe desde dentro* escribía Ortega: «Esta es la diferencia entre Dios y nosotros. El está dentro de sí, flota en sí mismo; lo que le rodea no es diferente de lo que es él. Esto no es vida: es beatitud, felicidad. Dios se da el gusto de ser sí mismo. Pero la vida humana es precisamente la lucha, el esfuerzo, siempre más o menos fallido, de ser sí mismo. En rigor para Dios no hay un dentro ni un fuera, porque no vive». Es bien conocida la importancia que el «neoaristotélico» Ortega concedía a aquel texto del *De anima* en el que se define al pensar como avance o «progreso hacia sí mismo», expresión en la que Aristóteles habría vislumbrado, aunque no pudiera instalarse en ella, la concepción del ser «enérgico», frente a la común concepción griega del ser «estático». Por otra parte, aunque Aristóteles se decidió a atribuirle a Dios el pensamiento en infinito modo, ronda por sus obras alguna que otra vez la pavorosa sospecha de «si es que no duerme siempre lo divino»...

⁴ En el *Banquete*, 204a, dejó dicho Platón que el amor es filósofo y que ni los dioses ni los ignorantes filosofan.

En una nota al margen de *Unas lecciones de metafísica*, escribe Ortega: «Dios no piensa». Creo que obviamente debe entenderse en el sentido de que Dios no tendría por qué pensar, no le sería forzado tener que hacerlo, dada su coincidencia consigo mismo. En cambio, el hombre se ve forzado a ello, porque, como escribe en esas *Lecciones*, ha sido «expulsado del paraíso» (p. 140) y «no coincide con la circunstancia» (p. 119). Está náufrago y tiene que nadar para no ahogarse, tratando de llenar con el pensamiento «el enorme hueco o vacío de nuestra vida» (p. 120-121). Es el vacío que nos afanamos en llenar cuando hemos perdido la fe de nuestros padres. La filosofía nace de la peculiar «extrañeza» que se siente ante el mundo, cuando se «ha perdido la fe». Nada impide que, eventualmente, el resultado del filosofar consistiera en recobrar esa fe heredada, haciéndola ganancia propia. Ciertamente cuando comienza la filosofía «ya se ha estado viviendo». (Me encuentro teniendo que vivir la vida antes de y mientras investigo si merece la pena vivirla). En *El hombre y la gente* escribió Ortega: «La filosofía es retirada, *anábasis*, arreglo de cuentas de uno consigo mismo, en la pavorosa desnudez de sí mismo ante sí mismo... La filosofía no es, pues, una ciencia, sino, si se quiere, una indecencia...».

A quien pudiera sentir la tentación de considerar como retórica esa «pavorosa desnudez», le vendrá bien fijarse en el que yo suelo llamar principio orteguiano de individuación y que está formulado en la lección IV: «el yo de cada cual es único... y esa vida que él vive no la vive otro, *aunque fuesen iguales todos los contenidos de ambas vidas*».

Mientras las ciencias, piensa Ortega en *¿Qué es filosofía?*, previamente «cloroformizan» la «fiera» que estudian, como el domador del circo, la filosofía va a la fiera tal como está en la selva. Aquellas recortan su objeto (domesticándolo) y con razones penúltimas nos muestran sus *multiversos*, mientras que ésta aspira a integrar las distintas manifestaciones de lo real en un *Universo*⁵.

La filosofía primera, esa disciplina a la que aristóteles llamó en el libro III de la *Metafísica*, «la que se busca», comienza y ha comenzado siempre con la duda. En este sentido, piensa Ortega, nada nuevo podía añadir Descartes; no se trata de una ocurrencia feliz suya, sino que la Filosofía ha sido siempre así. Para comprobarlo, basta con acudir a los textós de Aristóteles y a los rigurosos comentarios de Santo Tomás en los que expresa enérgicamente el sentido de los mismos. Ortega destaca

⁵ En los anteriormente citados *Apuntes sobre el pensamiento* (*Obras*, Vol. 5, pp. 540-542) resalta Ortega que la filosofía, a diferencia de las demás ciencias, tiene que envolver como primer principio de sí misma la justificación de sí misma. Allí, en la p. 541, dice que el hecho de la filosofía implica este grito: «El ser viviente que no es filósofo es un bruto! En el orbe intramundano todo lo que no es filosofía es sonambulismo, y los animales se caracterizan por su existencia sonambúlica».

varios de esos pasajes en *La idea de principio en Leibniz* (II.95-96). He aquí uno de Aristóteles: «los que se ponen a investigar sin dudar previamente, parejos son al que echa a andar sin saber a dónde va». Y otro de Santo Tomás: «puesto que esta ciencia atañe a la investigación universal de la verdad —por tanto, no una investigación meramente particular—, le compete paralelamente una duda universal».

DIOS A LA VISTA

Voy a cerrar este artículo contemplando el famoso ensayo orteguiano «Dios a la vista» (primero del tomo VI de *El espectador*) bajo el prisma de un pasaje no menos famoso del libro VI de la *República* de Platón. Aquel en el que se dice:»

«Imagínate que el bien y el sol son dos reyes, el uno del mundo inteligible y el otro del mundo sensible...

El uno es en la esfera visible con relación a la vista y a sus objetos lo que el otro es en la esfera ideal con relación a la inteligencia y a los seres inteligibles».

Es inevitable reproducir alguna porción del ensayo de Ortega. Tomaré un párrafo del principio y la cláusula final:

«Un espectador astral que viese a la Tierra en el momento en que huye del Sol pensaría que el planeta no había de volver nunca junto a él, sino que cada día, eviternamente se alejaría más. Pero si espera un poco verá que la Tierra, imponiendo una suave inflexión a su vuelo, encorva su ruta, volviendo pronto junto al Sol, como la paloma al palomar y el *boomerang* a la mano que lo lanzó. Algo parecido acontece en la órbita de la historia con la mente respecto a Dios».

«Todas las ciencias particulares, por necesidad de su interna economía, se ven hoy apretadas contra esa línea de sus propios problemas últimos, que son, al mismo tiempo, los primeros de la gran ciencia de Dios».

El pensamiento fundamental es que así como la Tierra gira alrededor del Sol en órbita elíptica, estando unas veces más cerca y otras más lejos del astro rey, así también la Historia gira alrededor de Dios acercándose a veces demasiado (gnosticismo) y alejándose otras veces mucho (agnosticismo). También aquí la postura de Ortega es integradora y huye de los extremos. Ni idealismo, ni realismo; ni racionalismo, ni vitalismo; y, ahora, ni gnosticismo, ni agnosticismo.

Obsérvese que, primero: Como Ortega está forzado a ser kepleriano, tanto lo que circula alrededor del Sol como lo que orbita la idea de Dios, lo hace no describiendo una circunferencia (como pensarían los griegos y todos los platónicos) sino una elipse, alejándose y acercándose. Segundo: en Ortega como en Platón sigue hablándose

de dos mundos y de dos centros de atracción, pero ya no coinciden los dos mundos platónicos y los dos mundos orteguianos. Tercero: Los dos mundos orteguianos son la Naturaleza (lo cósmico) y la Historia (la vida humana). Es decir, sigue habiendo en Ortega un mundo de las Ideas, pero es *histórico*. Lo que circula alrededor del Sol, lo que tiene naturaleza no es el ser que nos importa, y ni siquiera es verdadero ser. Ahora el *verdadero ser* es justamente lo que nace y perece, en una palabra: la vida y la historia. Sólo en ella puede esperarse la hora en la que, por la *convergencia* de los saberes, proceda gritar desde la cofa: ¡Dios a la vista!⁶.

⁶ Hemos aludido más de una vez a la peculiar forma de masificación que lleva consigo la unidimensionalidad del especialismo. También hemos visto que Ortega aplicó igualmente a los existencialistas la categoría de «señorito satisfecho». La vigencia actual de buen número de reflexiones anticipatorias del famoso libro orteguiano es tal, que bien merecería capítulo aparte. Aunque no lo voy a hacer en esta ocasión, quiero dejar a vuela pluma algunas observaciones que me parecen obvias.

En primer lugar, las masas de Ortega ni se identifican ni tienen por qué hacerlo, en principio, con las masas proletarias, como han querido algunos intérpretes tan frívolos como maliciosos. Algunos «ilustres» profesores han dicho, con motivo del cincuentenario, que no han entendido a qué se refiere Ortega, cuando habla de las masas. No me lo creo. Los demagogos saben perfectamente cómo beneficiarse de las características de las masas que él descubrió, orientando para su provecho aquella peculiar rebelión.

El hombre masa, dice Ortega, no tiene programa, no sabe qué va a hacer en el futuro, *no va*. Ni *tampoco viene*, me permito añadir yo, porque tiene plano el encefalograma del tiempo; tiene el tiempo plano, como los niños, que confunden a los Reyes Católicos con D. Juan Carlos y D.ª Sofía, y creen que *siempre* se fue a la luna, y *siempre* hubo coches, televisores y máquinas de escribir. El hombre masa es en el fondo infantil (lo que nada resta a su peligrosidad) y no sabe pensar *históricamente*. No sospecha lo que costó salir del Pleistoceno, o de la Edad Media, o del siglo XIX. Y como llegue un momento en que no pueda reponer la lavadora, no se resignará a ir de nuevo a lavar al río, que es además lo *natural*.

Proponed a los alumnos de tercero de BUP como tema de redacción el supuesto de que, de la noche a la mañana, desaparecieran todos los habitantes mayores de veintiún años, y que en adelante nadie sobrepasara esa barrera. Os llevaréis la sorpresa de que una inmensa mayoría de ellos creen seriamente llegado el idílico mundo por ellos soñado, sin la menor sospecha de que desaparecerían todos los bienes de la civilización, que en la superficie y en el fondo tanto les gustan. No sospechan la vuelta al Pleistoceno, por otro lado inviable, ya que no recuperarían la mandíbula neandertaloide y perecerían. No se percatan fácilmente de que ser «niño» y «adolescente», con todos sus inconvenientes, pero con todas sus ventajas, es un lujo occidental.

Y creo que últimamente en nuestro país está reproduciéndose una especie curiosísima de «señorito satisfecho»: precisamente la del *señorito insatisfecho*. Piénsese en cierto tipo de periodistas y escritorzuelos que ponen todo lo que se les viene a la pluma, sin la más mínima autocensura, como si estuvieran en su casa. No sospechan, ¿o sí?, en su delirio iconoclasta, que aquí y ahora *la cosa* no puede encajar tanto, ni es lo suficientemente firme todavía para aguantar tanta matraca.